

Territorios 28 / Bogotá, 2013, pp. 241-246
ISSN: 0123-8418
ISSNe: 2215-7484

El centro tradicional de Bogotá. Valor de uso popular y patrimonio arquitectónico de la ciudad

Autores: Óscar A. Alfonso, Samuel Jaramillo, Amparo De Urbina y Thierry Lulle
Bogotá, Universidad Externado de Colombia, 2012

Leonardo Garavito G.*

** Doctor en Estudios Urbanos y Ambientales (el Colegio de México) y magíster en Estudios de Población (Universidad Externado de Colombia). Docente e investigador de la Universidad Externado de Colombia vinculado a las facultades de Ciencias Sociales y Humanas y de Administración de Empresas Turísticas y Hoteleras. Correo electrónico: leonardo.garavito@uexternado.edu.co o leonardogaravito@hotmail.com*

reseñas bibliográficas

Soy oriundo de Bogotá. En su centro tradicional fui estudiante universitario, me independicé de mis padres, viví solo por primera vez y comenzó mi trayectoria laboral, entre otras historias. Mi caso no es aislado, pues se vincula con muchas de las tendencias y tensiones planteadas en el libro *El centro tradicional de Bogotá*: formé y formo parte de la gran población visitante que diariamente llena el centro y lo abandona antes del anochecer; hace algunos años como estudiante y ahora como académico estimo el desarrollo del comercio y de los servicios destinados a satisfacer las múltiples demandas del sector educativo. En un momento intermedio pertenecí a la nueva población residente que trae patrones de consumo y formas de vida que contrastan y compiten con las de la población originaria, al participar de una lenta, pero progresiva, transformación social. He sido testigo y actor en las transformaciones del centro tradicional de Bogotá; no obstante, no es necesario ser bogotano ni haber vivido o trabajado en esa ciudad para reconocer el interesante aporte de esta publicación como una fuente de actualización y profundización acerca de sus particularidades y paradojas. Como lo plantean los autores, “el papel de los centros tradicionales en la estructura urbana de las metrópolis latinoamericanas continúa despertando agitados debates en diferentes ámbitos” (p. 109). Esto puede asociarse con el hecho de que en los centros históricos y tradicionales confluyen múltiples intereses económicos, sociales, políticos y culturales, los cuales producen una compleja red de actores y procesos que

comprende tanto los habitantes permanentes, los usuarios ocasionales del sector, los comerciantes, los urbanizadores y los especuladores del mercado inmobiliario, como las autoridades locales y nacionales encargadas de velar desde el cuidado y conservación del patrimonio hasta el orden social y el bienestar de su población local.

Este libro, publicado en diciembre de 2012 por la Universidad Externado de Colombia, reúne a un equipo de académicos expertos en temas de planificación, urbanismo, economía y arquitectura. A pesar de ser una compilación de artículos independientes, sus temáticas se encuentran interrelacionadas mediante un diálogo básico y una complementariedad entre los argumentos propios de cada uno de los autores.

En efecto, el libro comienza con un breve prólogo a cargo de Germán Mejía Pavony, quien introduce cómo, a partir de finales del siglo XIX, comienzan a fraguarse las condiciones para que Bogotá “rompiera los viejos marcos del urbanismo colonial y cruzara el umbral que la llevaría a convertirse en una urbe capitalista” (p. 11). Asimismo, plantea la necesidad de entender el centro de Bogotá más allá de una perspectiva historicista y nos invita a pensarlo como un producto nuevo y dinámico, resultado tanto de los intereses burgueses y capitalistas como de los discursos sobre su valor patrimonial. A manera de cierre deja una propuesta retadora, que será transversal a todos los capítulos del libro: nos invita a considerar la cuestión del centro de Bogotá desde una perspectiva ampliada, es decir, trasciende las particularidades y el espacio

geográfico exclusivo de la localidad de La Candelaria.

El primer capítulo, “Urbanismo ordenado, pero no pasteurizado. Origen del corporativismo y orden socio-espacial en Bogotá hacia 1910”, a cargo de Óscar A. Alfonso, ofrece un panorama general acerca del origen y las características propias de la modernización de Bogotá. La relevancia de comenzar en este punto consiste en identificar los temas clave que enmarcan el desarrollo del centro de Bogotá y su naciente relación con el resto de la ciudad.

Nos cuenta cómo entonces el suelo urbano se convirtió en un medio relevante para acumular y proteger la riqueza de la naciente clase capitalista en la ciudad y, por lo tanto, la manera en que sus intereses se orientaron a presionar al Estado en la realización de inversiones en bienes públicos, a favor de una valoración continua de sus capitales. En este sentido, desarrolla la idea de los “gobiernos del capital privado”, entendidos como una fuerza capaz de restarle autonomía al Estado y lo convierten en un mecanismo para legitimar sus capitales en detrimento de los derechos de la comunidad.

Según Alfonso, estos “gobiernos del capital privado” tuvieron un rol fundamental en el surgimiento de una sociedad clasista y un orden socio-espacial intransigente. En este sentido, explica cómo la segregación socio-espacial, lejos de ser una consecuencia inesperada, es una estrategia utilizada por los principales urbanizadores de principios del siglo XX para generar una fuente abundante de renta inmobiliaria (p. 38), la

cual consolidó el esquema de segregación residencial típico de la ciudad de Bogotá.

A continuación, Samuel Jaramillo profundiza en las especificidades del tema en el capítulo “Reflexiones sobre las políticas de recuperación del centro y del Centro Histórico de Bogotá”. Esta sección nos reta a reconsiderar y a evaluar en detalle una de las representaciones más generalizadas que han caracterizado al centro de Bogotá desde hace varias décadas: la idea de que este sector se encuentra en un proceso de decadencia o deterioro. Con este objetivo en mente, Jaramillo desarrolla una revisión de los principales hitos en las políticas sobre el centro y además plantea una discusión inicial sobre los instrumentos vigentes para la gestión del suelo.

Como un argumento central propone que la idea de decadencia “configura una representación ideológica organizada alrededor de una perspectiva de clase que con frecuencia adultera el sentido de los hechos sociales que están alrededor de lo que sucede en los centros de nuestras ciudades” (p. 47), la cual condiciona las acciones estatales que con frecuencia desembocan en resultados inútiles o contradictorios. En este sentido, la representación de la decadencia del centro se encuentra ligada íntimamente con la consolidación del esquema segregacionista de Bogotá, donde el norte tiende a ser igualado a riqueza y el sur a pobreza. De igual manera, subraya el hecho de que no existen estudios precisos que aborden el impacto de las acciones de las autoridades, incluso de las más relevantes, como por ejemplo el Plan Centro de 1985 (p. 79).

Sin embargo, desde su punto de vista, el autor considera que la influencia del sector público gubernamental sobre la recuperación del centro Bogotá es, en el mejor de los casos, modesta.

Hacia el final, creando un enlace con el siguiente capítulo, “El Centro Tradicional de Bogotá: valor de uso popular, cosmopolita y metropolitano”, Jaramillo concluye que:

[...] la actividad constructiva en el centro de las actividades terciarias superiores y de vivienda sigue más o menos paralizada [...]. Lo que parece tener vigor es la actividad [comercial] del Centro Popular [ubicado hacia su margen occidental incluyendo a San Victorino y otros lugares similares], que ha visto crecer el volumen de las construcciones para ese fin y el precio de las tierras correspondientes (p. 97).

En la siguiente parte de este libro, Alfonso aborda tres aspectos que considera trascendentales para la comprensión del Centro Histórico de Bogotá y de sus particularidades en comparación con el resto de la ciudad. Primero, la *concur-rencia*, definida como la movilización de los residentes de la ciudad hacia el Centro Histórico y viceversa. Segundo, la *metropolización*, especificada en función de la población originaria de la sabana de Bogotá que cambia su lugar de residencia al interior de la ciudad. Y tercero, la *cosmopolitización*, referida a la cantidad de extranjeros que residen en Bogotá.

Por medio de una caracterización de la historia reciente del Centro Histórico, Al-

fonso desmitifica la idea de la inseguridad dominante en su territorio, al comprobar cómo, en cuanto al hurto a residencias (entre 2004-2008) y de los delitos contra las personas (entre 2005-2008), la localidad de La Candelaria —cuya jurisdicción coincide en gran medida con los límites del Centro Histórico y por lo tanto es muy útil como indicador— ocupa el sexto y el tercer puesto respectivamente en relación con el resto de localidades que conforman Bogotá.

En las conclusiones de este capítulo se plantea que, en términos de la concurrencia:

[...] el Centro Histórico es entonces un lugar privilegiado para la interacción de la mayoría de los residentes de la ciudad, depositario de la identidad cultural nacional y local, cuya revitalización implica una mayor apertura a la metropolización y a la cosmopolitización (p. 145).

En efecto, de manera previa nos ofrece los resultados que respaldan el hecho de que el Centro Histórico no es estratégico en el proceso de metropolización de la ciudad, ya que los inmigrantes provenientes de la sabana de Bogotá, al presentar un perfil económico que tiende a ser superior al de los inmigrantes de otras zonas más pobres del país, prefieren lugares de la ciudad con mayor prestigio. Asimismo, con excepción de un grupo de población de origen europeo, “más inclinados que el resto de los extranjeros a la proximidad, al lujo aristocrático, la belleza y la riqueza artística, intelectual e ideológica” (p. 140) propia de los

centros históricos, el grado de cosmopolitización del centro de la ciudad de Bogotá es mínimo. De acuerdo con los anteriores resultados y alineando su posición con el artículo anterior del libro, Alfonso cierra esta sección tras afirmar que “el presente del Centro Histórico se edifica como un valor de uso popular sin par en Bogotá” (p. 143).

Para terminar, Amparo De Urbina y Thierry Lulle nos brindan un capítulo titulado “Dinámicas socio-espaciales del Centro Histórico de Bogotá y políticas de conservación del patrimonio arquitectónico 1994-2010”. Centrados en una problematización social del patrimonio construido, los autores se preguntan: ¿Cuáles han sido los cambios en los usos del Centro Histórico? ¿De qué manera se adaptan las estructuras a las nuevas demandas del sector? ¿Se ha logrado conservar este patrimonio? ¿Cuál ha sido el impacto de las políticas de patrimonio y desarrollo urbano y sus normas en el devenir del Centro Histórico?

De forma complementaria a los capítulos anteriores, estos cuestionamientos dirigen la atención del lector hacia la zona oriental del Centro Histórico, es decir, en dirección a los barrios Egipto, Las Aguas y La Candelaria. En efecto, los autores encuentran que la consolidación de la actividad educativa, acompañada de una creciente actividad comercial y sus interacciones con los bienes de interés cultural identificados según la normatividad vigente, posee un impacto negativo sobre la dinámica residencial y el equipamiento urbano básico de la población habitante de esta zona (pp. 171 y 176).

Al preguntarse sobre quiénes habitan el Centro Histórico, De Urbina y Lulle nos muestran un panorama social en el cual, durante los últimos 34 años, el sector ha sufrido un proceso de despoblamiento y pasó de 35.000 habitantes en 1973 a 22.600 en 2005 (p. 172); esto se complementa con otro proceso, el de envejecimiento de su población, puesto que entre 1993 y 2005 la población menor de 15 años se redujo de 27 a 20%, mientras los mayores de 60 años aumentaron de 10 a 12,5% (p. 173). De manera adicional, de acuerdo con una clasificación que diferencia la población en seis niveles, de los más pobres a los más ricos, resaltan que entre 1993-2005 se observa en La Candelaria una disminución de las dos clases más bajas, una permanencia de la clase más alta y un leve crecimiento de las clases intermedias (p. 175). Esto permite considerar un naciente proceso de transformación en el que la población original es desplazada en forma progresiva por otra de un mayor nivel adquisitivo o *gentrificación*. No obstante, los autores enfatizan sobre la necesidad de no olvidar la presencia de una población inmovilizada en el Centro Histórico y caracterizada por su bajo ingreso de recursos económicos (p. 176).

A manera de reflexión final, este artículo plantea una situación compleja: “[...] las instituciones encargadas de velar por el patrimonio no están teniendo en cuenta a los residentes del sector [...]. Así como, la población residente no parece estar consciente de su responsabilidad frente a dicho patrimonio” (p. 179). A partir de ello, formulan una conclusión, relevante en

gran medida a la totalidad del libro, donde plantean que:

[...] se necesita aclarar qué se entiende por patrimonio, las tensiones entre la conservación y la renovación, entre lo cultural y lo urbanístico, así como hacer evidentes las interacciones entre los distintos actores del sistema que produce la ciudad [...]. En una coyuntura en la cual el mercado en el Centro Histórico parecería volverse más dinámico, es importante definir con claridad el papel del sector público (p. 180).

Así las cosas, este libro cumple su objetivo de trascender la asociación entre el Centro Histórico y la localidad de La Candelaria y nos deja la sensación de que el centro de Bogotá es un territorio multidimensional y dinámico, donde interactúan

lo tradicional, lo histórico, lo popular y lo patrimonial, entre otras cosas. Es decir que, a pesar de evidenciar procesos relativos de deterioro social y de degradación de su patrimonio, esta no es su única faceta; de hecho, el Centro Histórico de Bogotá posee una dimensión popular de gran relevancia e impacto y un definitivo importe cultural y simbólico “en función de su valor como emblema de la identidad social” (p. 111). El gran reto que queda en cuestión, no muy novedoso, pero sin duda fundamental, se refiere al desarrollo y a la consolidación de la presencia de las autoridades y a su interacción con la población residente y visitante, como medio de control para enfrentar los efectos colaterales del conflicto de intereses económicos y culturales sobre esta zona.